
Pobrecitos los psicoanalizados

María Teresa Priego

A don Enrique

Habría que comenzar por el sur y los lagartos. Habría que escribir la palabra aguacero. Las palabras desmesura y tormenta. Las tres letras de la palabra "río". Agotar la poesía pantanosa del trópico. Después habría que decir sopor. Claustro. Encierro. Tardeada y parroquia. Habría que decir: demasiadas tardes para sólo un par de vendedores de libros. Demasiada promesa de vida, para cuatro calles. Demasiada naturaleza en sus excesos para tanto prejuicio incomprensible. La vida siempre estuvo en otra parte ... solicitante de psicoanálisis en germen. Habría que llamar entonces al río de los orígenes: el Grijalva. Al río del imaginario: el Sena. Deslizar el nombre de algunos escritores y de un solo poema. Escribir: pasaporte, ilusión, becaria, aterrizar y París. Repetir con letra clarita y de exalumna del Colegio Tabasco de las niñas: "Desmesura y tormenta," como nota obligada al pie de página.

Aquí se corre un teloncito deshilachado, el de la memoria tratando de hacer justicia.

La heroína aterrizó, como ya les dije, en el aeropuerto internacional de una ciudad que era: La Ciudad. "Toda ciudad terrestre tiene su equivalente en el cielo." Identifíquese entonces el Sena contaminado con la versión celeste del Grijalva. La heroína, a mitad de sus fabulosos veintes, vivía todo en purititas mayúsculas. Así, desempacar en París y salvarse eran fenómenos simultáneos. Cualquiera que no lo tuviera claro en su generación no había leído a Cortázar. O sea que el muy analfabeta no había leído nada.

Ella era una discípula aplicada del "Boom" y de sus personajes. También una admiradora de Nadja. Todo personaje femenino con los mínimos vientecitos libertarios —reales o ficticios— la Alejandra de Sábato por ejemplo, con la mínima conducta que desafiara la norma la transportaba —en su imaginario— a un espacio remoto y prohibido

donde una se instalaba en La Vida y no en su versión mezquina y parroquial: la vida-vida. Su caso no era aislado, por supuesto; ese turismo literario —conmovedoramente comprometido con sus sueños cuando llegaban jóvenes, conmovedoramente ridículo cuando llegaban ya mayorcitos— abarrotaba los vuelos de Mexicana, Aero-Perú, Aerolíneas Argentinas y demás líneas aéreas que ofrecieran, en tarifa chárter, el paraíso de la experiencia existencial.

Atónitos, pasmados, fanáticos y horriblemente pretensiosos: desembarcábamos. Llegábamos al asalto de París y allí, el divanazo —obligadamente lacaniano— nos parecía como una medalla indispensable a recibir en ese largo recorrido iniciático de la Ciudad Luz. Aquella que debía transformarnos. Una se psicoanalizaba en París, como visitaba el Kilimanjaro en Tanzania. ¡Que nadie se atreva a pronunciar la palabra snobismo! Era otra cosa, esa edad, esa época ... esos meticulosos Actos de Fe. Fuimos, claro, exilados voluntarios. Buscadores del *axis mundi*. Del absoluto. De una forma misteriosa de resurrección. Hallar una ciudad que fuese el centro y lanzarse desde allí a todas las rupturas y a todas las batallas. Nadie pensaba en las facturas. Nadie pensaba en su primer momento casi místico frente a la luciérnaga de mármol que acompaña a la tumba de Cortázar en esa frase de Mircea Eliade: “la tristeza de toda existencia que no es, más que dejando de ser otra cosa.”

Cómo se nos iba a ocurrir que una es su vida-vida y su pasado y que una se aferra a ellos bastante más de lo que puede calcular. Todo pareció posible mientras conservamos la inocencia y esos ritos, casi religiosos que cada cual se fue inventando en privado para integrarse “del lado de acá”. Durante meses, dejé florecitas amarillas en la tumba de Baudelaire y barquitos de papel del mismo color en los territorios de Cortázar. Les juro que mi perseverancia era tal que los difuntos casi me hablaban.

Aún la más abyecta nostalgia, esconde la nostalgia del paraíso ... Podemos analizar las imágenes liberadas de pronto por cualquier música, el romance más vulgar: y constataremos que esas imágenes confiesan la nostalgia de un pasado mítico, transformado en arquetipo, que ese pasado significa, además de la añoranza del tiempo abolido, mil otros sentidos: expresa todo lo que pudo ser y no fue, la tristeza de toda existencia que no es, más que dejando de ser otra cosa.¹

¹ Mircea Eliade, *Images et Symboles: Essais sur le Symbolisme Magico-Religieux*, Ed. Galimard, 1980, p. 19.

La última dirección del escritor fungía como una especie de sucursal —plagada de gatos— del Instituto Francés de América Latina. Pululaban grupos de latinoamericanos rastreando la luciérnaga de Julio Silva. Allí, detrás del monumento a un editor, entre Madame Godart y Adele, tengo el alto honor de haber recibido en mi pañuelo las lágrimas iniciáticas de decenas de estudiantes de nuestro continente a quienes generosamente conduje hasta el sitio sagrado.

En semejante contexto —la primacía del imaginario— acudir a la Escuela de la Causa Freudiana en el metro Notre Dame des Champs, formaba parte del peregrinaje obligado de una fauna que se juraba particularmente iluminada. Los que jamás subieron a la torre Eiffel o traspasaron los umbrales del Lido. Los que despreciaban las vitrinas de Armani y Christian Dior. Pero que en cambio, con el alma en vilo, ordenaban el express más simbólico de sus vidas en La Coupole o el Café de Flore. Con su geografía literaria en las manos exploraban los hotelitos desvencijados donde vivió Simone de Beauvoir, se cobijaron a recibir las vibras en los dos elevadores del edificio de Sartre. Enjugaron una lagrimita ante un hotel que se llama “El Hotel”, donde se hospedaba Borges y murió Oscar Wilde. Y ascendieron —digo bien— los escalones del “Pont des Arts,” con la esperanza de mirar venir del lado opuesto “la silueta delgada de la Maga”. ¡Ah, Julito, cuántas velas dejaste encendidas! Yo no sé cómo pude apagarlas.

Allí estaba yo pues, con mis ensayados aires de Maga del trópico húmedo catapultada a los inviernos crueles y oscuros, y por ello doblemente iniciáticos. Allí estaba, pobre, sola, congelada y viviendo en un cuartito pinchísimo, y por ello doblemente poética. Estaba allí siguiendo al pie de la letra los involuntarios consejos de Cortázar, brincando con un pie en la primera casilla de un juego que se abría y ofrecía la promesa de conducirme al cielo.

Se trataba en el camino —*oh, oui, bien sur*— de corregir las imperfecciones del personaje de Cortázar. No bastaba ser infinitamente poética. Había que militar en el diván e inscribirse en el departamento de Estudios de la Mujer en París 8, el último recodo del —ya para entonces vilipendiado— feminismo francés.

Para una empeñosa lectora de Beauvoir, la frase altamente sibilina de Lacan: “La Mujer no existe,” era un imán irresistible. De todas maneras, Jung, en los bordes del Sena, me hubiera parecido una blasfemia. Un buen día hice la cita. Cuando toqué con los nudillos —y hecha

nudo— la puerta del analista, llegábamos en tropel mis personajes y yo. El divanazo no era más la plácida visita al Kilimanjaro, sino su inevitable ascenso. El paraíso de la libertad se transformaba, al paso del tiempo, en un lugar sin límites, francamente amenazante. Las más horribles angustias fueateaban una auto-imagen vacilante y difusa, un “pobre de mí” acribillado de incomprensibles síntomas, ante los cuales la exégesis de Rayuela y las recitadas frases de “La ciudad dijiste...” y el “Viaje a Itaca,” comenzaban a revelarse insuficientes. Se despostillaba la poesía.

Pero al atravesar ese umbral, dejé fuera mis temores y mis aires apocalípticos. Entramos la Maga y yo. Quiero decir que entramos esa primera vez un “yo” que se creía muy yo y un tumulto de personajes adoptados a lo largo de los años, probablemente —digo en mi descargo— para sobrevivir los calores sofocantes del ya mencionado trópico húmedo. Cuando el tipo aquel —pampero exilado— me extendió la mano, de mi lado le contestó con una enorme sonrisa —vestido ajustado y sombrero borsalino negro— la intrépida y fascinante Lauren Bacall, en uno de sus mejores momentos ante Humprey Bogart.

Entonces no sabía. No imaginaba lo que supe después. Entonces pensé que al gaucho aquél lo había impresionado con mis aires mundanos. Luché mucho por mantener mis aires a lo largo de los años. Por salvar mis definiciones. Mis personajes. Mi esperanza de que en algún lado, dentro de mí, existía un yo perfectamente delineado y definible. ¡Qué madrazo!

Demeter está en el centro de los misterios iniciáticos de Eleusis, que celebran los eternos comienzos, los ciclos de muerte y renacimiento ... Ella trajo al mundo a Perséfone, quien se convirtió en reina de los infiernos... Perséfone sería el símbolo supremo de la represión (*refoulement*) y el sentido escondido de los misterios de Eleusis consistiría en el descenso al inconsciente en busca de liberar los deseos reprimidos ... Demeter... no es la luz, sino el camino a la luz.²

Mi gurú de elección se apellidaba Yemal, es decir “J’ai mal”, tradúzcase: “me duele”. En aquella época donde mi vida entera se invertía en descifrar signos, ¿cómo pasar al lado de esta carga homofónica, mensaje del más allá, chistorete lacaniano? *Alea jacta est*, me dije, con mi vasta cultura de la sección de proverbios del Larousse ilustrado.

² Mircea Eliade, (en una obra extraviada en la mudanza).

—Sí, Dr. J'ai mal partout, o sea que me duele horrible y por todos lados. Me enteré mas tarde, en los susurros cómplices de la sala de espera, que para ser aceptada en uno de estos centros de domesticación del inconsciente, bastaba estar "lo suficientemente enferma para necesitarlo y lo suficientemente sana como para poder soportarlo". Qué lindo, qué lindo. Nadie es tan pobre que no pueda pagarlo y nadie es tan rico que no pueda necesitarlo. ¡Olé! Había ingresado a la selecta cofradía de los psicoanalizados.

Todo un léxico a aprehender. Declaro, sin preámbulos, que no hay nada más odioso sobre la faz de esta tierra que un psicoanalizado de reciente ingreso. Personaje tenebroso. Poeta maldito. Vaga por las calles con la mirada perdida en lontananza repitiendo a diestra y siniestra las frases del maestro. Se suma con sus gestos excedidos a la frase de Lacan: "yo no hablo para los idiotas," como si el solo hecho de conocerla lo volviera a uno inteligente y, allí, él se ríe de ladito —acomodándose el bastón y la capa imaginaria— ante la pasmosa ignorancia de los no iniciados. Cuando desciende de sus fertilísimas cumbres borrascosas —este nuevo rico— se dedica al proselitismo. ¡Qué peste! Nunca más nadie puede derramar el contenido de su copa, resbalarse en un piso recién encerado o quemarse las pestañas al encender un cigarro, sin que el poseedor de la única verdad le salte encima para interpretarlo. Resultado: sintiendo el reto, el inconsciente de cada invitado tiende a desatarse de lapsus en lapsus, que este analista de tertulia se apresura a señalar, arrobado y dando brinquitos en su silla. El sabe, ya sabe. No hay que juzgarlo mal. Yo fui de esas. En el fondo, se trata nada más de un pobre tipo aterrado luchando por perseverar.

Los conversos se reconocen entre sí. Prohibidas, por siempre, la ligereza o la frivolidad. Todo tiene que pasar por el peine menudo del análisis. ¿Por qué dije esto? ¿Por qué hice lo de más allá? ¿Por qué? Tengo que saberlo, necesito saberlo, me ahogo si no lo sé. Este cuestionamiento salvaje y obsesivo, el continuo cortar de cada cabello en cuatro —que puede percibirse como una tortura y con frecuencia lo es— ofrece al analizado la sensación de que su vida es intensa y llena de sentidos profundísimos, sin ninguna necesidad de moverse de la misma banca.

No entendíamos ni una palabra de los *Escritos*, pero eso carecía de importancia. Bastaba citarlos. Saber que el Gran Maestro había vivido en el 5 de la rue de Lille y usaba camisas de cuello Mao, bajo abrigos de piel extravagantes. Tomaba café con dátiles: dos a las cinco de la tarde.

Tenía las orejas despegadas, —probablemente una deformación profesional— y en el sesenta y nueve había sido invitado a retirarse de La Escuela Normal Superior donde impartía, llegando en Mercedes Benz, su seminario.

A una le brillaban las neuronas y se le acomodaba el inconsciente con sólo enterarse, por las narraciones de sus antiguos pacientes, de la existencia en su consultorio de una mítica asistente llamada Gloria, quien parecía tener siempre la palabra para poner al magister en su sitio; y de una no menos mítica Paquita quien se limitaba a abrir las puertas en la total ignorancia de las palabras del maestro, y por otro lado, de casi todas las del idioma francés. De golpe, mi círculo personal había comenzado a poblarse de psicoanalizados persiguiendo en cada esquina el significado de las esotéricas frases: “un significante representa a un sujeto ante otro significante”; “La relación sexual no existe”; “Los no ingenuos: erran”. Incomprensible. Y sin embargo ... se mueve, como dijo el otro. Y se movía la tierra para mí a horas fijas, tres veces por semana.

El celeberrimo *transfer* toma caminos retorcidos y extraños. En una de mis primeras sesiones. Lunes. Seis de la tarde en punto. Me aparecí con una gata en estado semi-salvaje llamada Alice. Todo sucedió en el cementerio de Montparnasse donde pasaba con frecuencia mis tardes —en aquella primera época en París— intentando protegerme en la figura totémica de mi gurú argentino. Me tropecé con una muchacha brasileña que lloraba, a cántaros para ser exacta. Se iba de París, obligada por una de esas historias siempre siniestras de prefectura de policía. Se iba a fuerzas después de diez años y junto a ella, escondida en una caja de cartón, tenía una enorme gata atigrada —psicópata, según me dijo— a la que nadie había querido adoptar por su conocida inestabilidad emocional y a la que ahora debía dejar abandonada en el cementerio, justo en el camino del fondo entre Don Porfirio y Baudelaire. Hasta ese rincón lacrimógeno llegaron a acorralarla tres señoras de la tercera edad, miembros activos —como correspondía— de la sociedad protectora de animales, abuelas amantísimas de los cuadrúpedos de Montparnasse.

“Impídale cometer ese crimen ... ese horror”. Que me dice la primera señora en un tono exageradísimo. “Un animal es un compañero para toda la vida”, que me dice la segunda. A saber de dónde salieron tan en el peor momento esas brujas investidas en jueces de la pobrecita brasileña que moqueaba como si estuviéramos enterrando a un pariente muy cercano, en la víspera misma de subirse a ese avión de Air France

que la alejaría para siempre de su hogar en París. Me explicó en un idioma confuso que esa gata temperamental, esa gata que después de años de convivencia continuaba arañándola tres veces por semana (favor de anotar el número 3), representaba para ella la ciudad. Bella y cruel. Profundamente ingrata. Las abandonaba a las dos, entre las vociferaciones histéricas de las damas gatófilas, contando conmigo, —latinoamericana como ella— para librarla de las brujas y de sus culpas.

Cargué la caja con la gata que se debatía como demente y pasamos valerosas, por entre las figuras vestidas de oscuro e igual de dementes, que continuaban su defensa de las bestias en términos ya francamente xenófobos.

Salimos del cementerio y fuimos al café. A ver qué se nos ocurre y aquí desayunaba Sartre porque vivía a la vueltita. Nos sentíamos, ¿cómo explicarlo sin soltar la carcajada o morirme de vergüenza? Verdaderas heroínas del Boom. No se nos ocurrió nada. La brasileña tenía unos ojos muy dulces que me persiguieron mucho tiempo después cuando yo misma tuve que dejar la ciudad. Ella terminó con mi caja de Kleenex hasta que le llegó la hora de ir a empacar y a mí de correr al encuentro del Gran Mago que recibía entonces por los rumbos de la UNESCO. Me quedaba con la gata. Sí, sí lo dije. Me quedaba con la gata y con la ciudad como en una especie de sucesión de poderes. Era a todas luces imposible imaginar la convivencia con aquella fiera amargada que ya para entonces —sacando su filosa garra de la caja— me había arañado varias veces.

En mi cuartito apenas cabía yo y en el edificio estaban prohibidos los animales. Me la quedo, le dije muy decidida y ella me dedicó una de las sonrisas más agradecidas que he visto en mi vida. Calculé rápidamente que una vez que ella se sumergiera en el metro, yo regresaba al cementerio y, escondiéndome de las encantadoras viejecitas, liberaba a la bestia. Curiosa expresión si pienso en lo que hice después. La brasileña se fue, llorando ahora supongo que de alivio y estrujando mi último kleenex en sus manos. No me detuve en el cementerio. Estaba de pronto convencida de que el analista —quien imaginaba yo, tenía que adorar a los gatos— adoptaría a Alice, la curaría, la cuidaría durante todos los años que le restaban de vida y a fuerza de amor y comprensión, la convertiría en una gatita encantadora y capaz de relacionarse. Una gatita adorable y mansa.

Mi llegada —gata bajo el brazo— causó verdadera consternación. El animal se agitaba cada vez más fuerte y David, en constante cruzada contra los fantasmas impíos, esa tarde intentaba sólo disimular su pá-

nico. Totalmente fóbico. No había yo llegado al diván, encantada con mi aventura rayuelesca y dispuesta a despepitarla, cuando la gata se fugó de la caja y comenzó a estrellarse contra las paredes y los muebles, tirando al suelo los libros, dando saltos espectaculares y colgándose de las cortinas. No hubo manera de atraparla. Alice era un terremoto incapaz de integrarse al cuadro de la familia feliz que había yo imaginado, desde la silla misma en donde Sartre alguna vez cuchareó su cafecito. El analista, o lo que quedaba de él, abrió la ventana y Alice optó por los tejados, liberándome de mi imprudente promesa de adoptarla.

Nunca volví a tocar el tema con Yemal y él tuvo la delicadeza de no destapar la evidencia. Sí, yo hubiera querido en ese acto liberar a la bestia. Hubiera querido, como Alice, aporrearme contra los muros de su consultorio y escalar las cortinas. Desgarrarlas, más bien. Destruirlo todo, arañarlo, y que él me perdonara. Arañar y que él, como un padre comprensivo, me acariciara el lomo y me llevara a vivir a su casa. Hubiera querido que me adoptara, que de alguna manera sus poderes —ilimitados en ese principio de análisis— pavimentaran ese camino tan abrupto y cuesta arriba de mi llegada a París.

De lirios

A las seis de la tarde, tres veces por semana, las campanas suenan por mí.

Maldita sea, heme aquí tendida en el divanacho sin absolutamente nada que decir. Versión mutista de la audaz Scherezada. El sultán detrás de mí, carraspea, se acomoda y recae en el mortal silencio del que espera. La amenaza me acecha. Ahora sí me decapita este cabrón. Seguro que algo me va a cortar. ¡Je, je! Que no me escuchen mis amigas feministas, pero digo en voz bajísima que en estos trances uno siempre teme que le corten algo. Tengo que inventar una historia rápido. Remo en los peores horrores de mi infancia pero me entristece comprobar que ya se los conté casi todos. Me acomplejo. La güerita que viene antes que yo de seguro nunca se queda sin palabras. Debe tener experiencias verdaderamente atroces para ofrecerle a este buitro comedor de cadáveres. Lo voy a desilusionar. Me invierto como una loca en llevar una vida dramática y en el fondo siento que nunca alcanzo a pagar el diezmo. Sufre, que me digo. Sufre que la sesión cuesta doscientos francos. Allí sí: como que las penas se me vienen de golpe. Además de todo arruinada. Una vez más retuerzo el fantasma y lo exprimo frenética. Ahora ando con la cantaleta del

puede ("Lacan taleta", ¡pero qué ingeniosa soy!). Resulta que tengo una cita conmigo en el otro lado del puente y no logro atravesar. Comienzo a estar aburrida de esperarme.

—Me repito...Maguchome repito.

Sigue callado el muy maldito. Que me diga: "de ninguna manera", que me diga que soy de lo más interesante, persuasiva, locuaz, excelente conversadora. Que me acaricie el lomo un ratito. Pero no dice nada o sea que me abandona ante la patética evidencia: me repito.

—No logro atravesar el puente.

—Pero usted ya atravesó el puente. Cuénteme otra cosa...

Ah, ahora intenta darme el avión. Lo hace para desconcertarme, para irme volviendo loca poco a poquito, me confío y ZAZ me manda a la Castañeda. Por eso inventó lo de las tareas escritas, hizo que se me ocurriera a mí sola, pero de seguro me manipuló. Todo para desequilibrarme. Y primero, ¡uy qué rico! Qué catarsis aquello de escribirle páginas enteras de asociación libre desbocada. Pero luego viene la adicción. Allí está la trampa y te ahogas hasta en la sala de tu casa en los pantanos ultra-pantanosos de ese inconsciente canalla. Y un día, mi inconsciente va a tomar el poder y no seré capaz de salir a la calle. Me quedaré en la casa cerrada, entregada a las más primitivas ceremonias. Entonces él entra en escena, con su eterna cara de cura en espera de la confesión y me envía a un hospital psiquiátrico del que de seguro es socio. Me quedo callada como quien mira al techo. En realidad, pienso en otra cosa, en el exilio voluntario, en la exogamia, en las columnas del *Non Plus Ultra*. Acostada boca arriba observo mis zapatos. Junto las suelas y despego las puntas, acerco las puntas y alejo entre sí a las suelas.

—Marco Polo fue quizá un gran Edípico.

No le voy a explicar nada. Pero son edípicos los conquistadores, los expedicionarios, los creadores de mapas. El mismísimo Copérnico. Esos personajes invirtiendo su vida entera en probar que hay otros mundos. Un más allá. Sobrepassar las columnas del *Non Plus Ultra*. Porque si después de ellas existe un milímetro de tierra, ese lugar es la salud. Una forma imaginaria de la exogamia. Quizá para Copérnico, la peor amenaza eran los límites incestuosos de la tierra.

—Se terminó su sesión.

—Quoiiii? Pero si no he dicho nada.

—Hasta el miércoles ...

¿Ya viste Segismundo? ¿Ya viste qué descaró? Veinte minutos y me despacha. Ni siquiera me dio tiempo de teorizarle el Edipo. De con-

vencerlo de su estrecha relación con la geografía. Le iba a explicar por ejemplo que hay quien sólo se puede casar con un extranjero o en un país extranjero. Fui una vez más despedida en el punto clave de mi apasionante disquisición. La verdad, como que me humilla. ¿Cuánto tiempo le habría dado al mequetrefe ininteresante que se tendió aquí antes que yo? Además antes de poder alcanzar la puerta, debo soportar el trago amargo de pagarle con billetes y directamente en sus manos. El colmo del mal gusto, del mercantilismo, de la más escalofriante vulgaridad. Me sudan las manos cada vez. Pero, ¿no qué el dinero era un objeto despreciable y vergonzoso? Suspiro por aquel analista freudiano de Monterrey: cuarenta y cinco minutos cronometrados. Le pagabas a su secretaria con un cheque. Nada de ensuciarse las manos. Nada de enfrentar el pago descarnado de la deuda. Me voy al café de la esquina a rumiar los veinticinco minutos que me faltan.

Una comienza a creer realmente en la teoría freudiana cuando se entera de que en Hebreo no existe la palabra azar.

Dicen los detractores del psicoanálisis que han visto a sus amigos entrar al tratamiento en mal estado y ponerse invariablemente pésimo. Tienen razón. ("Uno nunca está tan mal que no pueda estar peor" — Bryce Echenique dixit). Pateado el dique se suelta un verdadero diluvio. Nada más por un tiempo. Un tiempo que puede ser muy largo. ¿En qué momento imperceptiblemente se comienzan a complicar las cosas? ¿Cómo pasa una del alivio de los primeros meses a lo que viene después? Cada cual marca el tiempo de su propio después. Pero ya estás hasta adentro cuando te das cuenta de que puede ser el horror. Hasta adentro porque reconoces que ese horror anda contigo. Es tuyo. Ni hablar. Y sólo queda en el horizonte ese intento de conjuro. Se desata el miedo. Un miedo cósmico. Raras veces el miedo viene sin culpas. Igualmente cósmicas.

¡Piedad! ¡Pitié! grita el analizado. Nadie está allí para salvarlo, nada en esa llanura desolada más que el silencio estalactítico del que se supone que sabe y se supone que escucha. El mortífero silencio del invitado de piedra, humanizado cuando hay suerte, por las alteraciones respiratorias y las veleidades digestivas. Pobrecitos los psicoanalizados, ¡carajo!

Hay en este proceso eslóganes que sostienen. "El inconsciente está estructurado como un lenguaje y puede por lo tanto ser descifrado ..." Todo es cuestión, se dice el psicoanalizado —ya convertido para entonces en un temerario guerrero que arremete (a ciegas) contra sus partes

más tenebrosas— de apropiarse de esa especie de piedra Rosetta de las fuerzas oscuras que le permitirá, de divanazo en divanazo, descifrar sus propios signos. Pero con demasiada frecuencia, la esperada piedra Rosetta se transforma en una gigantesca lápida y el analizado, como el Pípila, se arrastra de sesión en sesión, empeñado en saber justo aquello que para nada quisiera saber.

El centro es la zona sagrada por excelencia, la de la realidad absoluta... La ruta que lleva al centro es "una ruta difícil" y eso se verifica en todos los niveles de lo real: Circunvalaciones dificultosas de un templo (como el de Barabudur); peregrinación a los lugares santos (La Meca, Jerusalén); peregrinaciones llenas de peligro, expediciones heroicas... Extravíos en el laberinto, dificultades de aquel que busca el camino hacia sí mismo... El camino es arduo y sembrado de peligros, porque es de hecho, un rito de transición entre lo profano y lo sagrado.³

Recuerdo haber visto con espanto a aquella mujer retorciéndose las manos, en la sala de espera, en un estado de caos evidente. Sudorosa y tambaleante. Atormentada alma en pena. La barrí (sí, sí la barrí), desde mis alturas de feliz recién llegada en plena recuperación aparente. Me dije que por lo menos podría haberse peinado antes de venir. Evitar esas fachas. Parecía una adicta en plena *manque*. Recuerdo haberme visto después, igual de temblorosa y sudorífera en la espera de un analista ocupado con un paciente que seguramente no se lo merecía como yo, ni lo necesitaba como yo. En plena falta de ...del alivio de su presencia, de sus escasas palabras. Supongo que había corrido a la sesión sin peinar-me, vestida de cualquier modo y hasta podría haber sido en pantuflas, si usara pantuflas. Toda pretensión desbarrancada. Aplastada por una depre galopante que no hacía más que crecer y crecer mientras yo me aferraba a la convicción de que nada en este mundo podía salvarme excepto las palabras. Pero, ¿cuáles palabras? Me agotaba buscando las palabras justas. Esas frases liberadoras que me transportarían como un barquito tembloroso hacia la otra orilla. Pero allí, toda palabra es justa. Todas, hasta las que se pretenden falsas. Allí todo silencio habla. En ese diván —ya para esas fechas verdadera cama de fakir tres veces por semana— percibía pese a todo, la feroz poesía del análisis. No me expliquen que hay un método y es científico. Esta experiencia es pura magia. La posibilidad infinita de interpretación de una misma palabra,

³ Mircea Eliade, *Le Mythe de l'Éternel Retour: Archétypes et Répétition*, Ed. Galimard, 1969, pp 30-31.

que pronunciada allí se particulariza, inicia su lento descenso hacia los orígenes. Los orígenes propios a la historia del que habla. Nada más del que habla. Porque cada palabra se transforma de pronto en ese significativo único, portador de un significado igualmente único. Se eligió esa palabra y no aquella. Se dijo esa frase y no otra y en esa elección generalmente inconsciente de la frase "X," que implica necesariamente la exclusión de todas las otras formas posibles de expresar la misma idea, se determina el camino hacia la interpretación personal. El analizado aprende a leerse. Con fascinación. Con pánico. Aprende a escucharse. Pasar de la casualidad a la causalidad. El "*Ca parle*" de Lacan, refiriéndose al inconsciente. Pero segurísimo que habla. Y como decía mi amiga Maya: una vez entrados en confianza, el inconsciente se convierte en una verdadera conserje.

La Diosa Mnemosyne, personificación de la memoria, hermana de Cronos y de Okéanos, es la madre de las Musas: Es omnisciente, según Hesiodo: Ella sabe 'todo lo que ha sido, lo que es y lo que será.' Cuando el poeta está poseído por las Musas abreva directamente en la ciencia de Mnemosyne, es decir, sobre todo en el conocimiento de los orígenes ... El pasado, revelado así, no es más el antecedente del presente, sino su fuente ... Es por eso, que en la medida en la que es olvidado, el pasado —histórico o primordial— se homologa a la muerte. La fuente Lethé 'Olvido', forma parte integral del dominio de la muerte. Los difuntos son aquellos que han perdido la memoria.⁴

De lirios

Como les decía, porque ya se los dije, ¿no? ¿Me habrán entendido? ¿Me supe explicar lo suficiente? A las seis de la tarde tres veces por semana las campanas suenan por Mí.

Esta angustia me va a matar. Infarto. Parálisis generalizada. Muerta por asfixia en medio de un histérico ataque de asma. Segismundo, David. Estoy rodeada. Tiene razón el ultra-derechoso de Le Pen: "los ciudadanos de buena voluntad somos víctimas de un elaborado complot del sionismo internacional". Si no, mírenme a mí, quien hizo su entrada triunfal en esta sala de torturas ignorándolo todo, tarareando *Hava lara larara* y comiendo falafeles, de los de a veras, del barrio judío del

⁴ Mircea Eliade, *Aspects du Mythe*, Ed. Galimard, 1963, pp. 151-53.

Marais en plena transferencia positivísima, y se encuentra de pronto en una especie de *ghetto* del sufridero. Sufridero me digo en los días de desbandada emocional. Cuando me hospedo en la esperanza elijo "souffrance," que es lo mismo pero no suena igual. El sufridero es un desgarramiento vulgar, telenovelesco, encerrado en sí mismo; la "souffrance" en cambio, pareciera connotar la profundidad, el sentido. "La souffrance" lleva en sí misma la liberación posible. Como que me eleva el terminajo. Una mera cuestión estética. David, Davidovich: esta angustia no es *kosher*.

Un tratamiento analítico es tardado. De todos sabido. Pero ahora sucede lo que nunca antes: tardado se convierte en esa siniestra sensación de interminable. Estoy atrapada en eso que pareciera mi deseo, en una voluntad feroz de alcanzar el fondo, no sé cuál, una profundidad prometida. Catártica. Como en la tragedia griega. Caída del héroe. Aceptación de la culpa. La liberación viene después. ¿Será? Pierre Rey cuenta que durante un viaje en un barco griego los marinos arrojaban los desperdicios al mar mientras canturreaban a coro: catarsis ... catarsis, para darse ánimos en esa tarea nauseabunda.

Que quede claro, no es mi convicción lo que flaquea, se ponen más bien a temblar mis fuerzas. ¿Y si no soy capaz? ¿Y si en uno de esos espantosos ataques de angustia me asfixio para siempre? *Fade out* de la heroína trágica. No habrá nada mas que analizar. Soy cobarde. Me cuesta carísimo cambiar. Lo acepto humildemente. Acepto todo lo que haya que aceptar, nada mas por favor díctenme el texto adecuado: sí, mi infancia es tenaz, invento personajes, confundo mis deseos, me arrastro en una adolescencia tardía, se me confunden cruelmente el imaginario y la realidad, tengo delirios de absoluto ... me espeluzna la falta de ... Pero el diván no es un confesionario. No hay penitencia inmediata que postergue las culpas. Aunque por momentos, este sufridero aferrado toma rasgos de devoción cristiana: me va a llevar el demonio en este mundo, en esta década, pero después, se abrirán grandes para mí las puertas del paraíso de los egresados.

Como María Magdalena, me arrojó arrepentidísima a los pies del emisario de Lacan. He pecado Gran Mago, de pensamiento, palabra y obra. Sobre todo de pensamiento, la verdad. Me recreo en los más pecaminosos fantasmas ¿habrá modo más perdulario de pecar? En la arena los leoncitos hambrientos se me tiran encima, pero yo repito a grandes voces: creo en Freud descubridor del inconsciente, creo en Lacan, el más digno de sus hijos, creo en David su profeta que abandonó la pam-

pa para venir a salvarme en las tierras junto al Sena. Creo en la resurrección de los que viven a medias y en la iglesia de la Causa Freudiana. Acallo los clamores de mi antiguo feminismo y me reconozco en la doctrina del Gran Fallo. (¿Quién lo tiene? ¿A quién le falta, modos posibles de empleo?) Me deslizo en el análisis como en un cuadro de Colunga desbordado de falos, significando aparentemente otra cosa. No se entiende bien qué. Intento sin embargo vivir en la fe y más que nada creo en el verbo. A veces, me sucede creer en el sujeto.

Una comienza a creer realmente en la teoría freudiana cuando en la esquina de la casa de Freud en Viena lee el nombre de la calle: "Bergastrasse..."

Y hay algo que esconde el analista, un algo misterioso que el paciente indaga, escudriña. Un algo que un día se le tiene que revelar. Lo que el psicoanalista esconde —*te lo dico io*— es una tachuela, puntiaguda y gigantesca, una tachuela con la cual va a desinflar paulatinamente el globo aerostático que es, sin saberlo, su victimoso paciente. Un globo con una genial idea de sí mismo, siempre necesaria y extrañamente mezclada con un gran desprecio por sí mismo. Es decir que ya sea en sus noches idílicas de prócer de la patria, o en sus noches mortales de teporocho, el paciente está, en ambos casos, hablando de lo mismo.

Si arrastré por este mundo/ la vergüenza de haber sido/ y el dolor de ya no ser/. Qué desolación la de mirar atrás y saber que alguna vez uno fue, o más bien, creyó uno, con toda la buena voluntad, que era. Que era alguien digamos: "especial." Que era única. Que era la hija de su padre y su madre. Como cuesta el oficio de ser humano. Aprenderse "una más". Una más entre la lista de millones de personas del directorio telefónico. Comenzar a extrañar el limbo. Pobrecitos los psicoanalizados. Extrañar el periodo cuando se podía saltar de un avión al otro con el corazón en su sitio. Despedirse con el corazón en su sitio. La edad de oro, digamos, en que el corazón todavía ocupaba un sitio fijo y la culpa de todo la tenían siempre los demás.

—Hay que pasar por allí— dice el diabólico Rasputín, "aceptar el sentimiento de no ser". *Forza cara, forza*. Estos franceses son tan amargados que hasta tienen un verbo para nombrarlo: *desetre*. Se me escalda la lengua ante tanta poesía. Una vida entera labrando la armadura y luego pagar para dar marcha atrás. Descender del Olimpo. Partirse la madre para acceder al mundo afortunado de los mortales. Retomar las alas del deseo.

Nadie me ha pedido que resuma mi experiencia durante los años del tratamiento, pero me imagino que se desmayan por leerla. Me resisto. Siento que no debiera. No vengo preparada ... pero ahí les va: el doloroso proceso de la venida a menos. De aprender a vivir con lo que queda. Curiosamente —por patético que suene— es a partir de este “a menos”, vulnerable y modesto, de este “lo que queda” —tras destripar a sus personajes y destartalar sus mitos— que el sujeto puede comenzar realmente a identificar sus tan escurridizos deseos y a asumir que la realidad no deja de existir porque ella la niegue y que, a fin de cuentas, más vale despertarse de una vez, porque lo que está viviendo es probablemente su única vida.

Una comienza realmente a creer en las teorías freudianas cuando descubre que Edipo ya dijo lo fundamental.

Es cuando [Edipo] realizó plenamente su destino —recordaba Lacan—es decir, hasta ese término idéntico a la caída de un rayo (*foudroiement*), un desgarramiento, una laceración provocada por él mismo, cuando ya no es más nada, absolutamente nada; que Edipo hace resonar esta frase: ‘Es en el momento en que no soy nada más, que me convierto en un hombre’.⁵

En busca de una dudosa identificación, el impaciente tiende a buscar en las librerías testimonios de analizados. Les juro que los teóricos no nos hacen justicia. Cuánta pompa. Cuánto vocablo indescifrable. Colocar entre el dolor y el absurdo un mar de palabras rimbombantes, que según esto, explican la realidad de los síntomas más patéticos e inconfesables. Que no venga un antiguo militante del diván a arrojarnos encima en un libro autobiográfico, su interpretación personal de los *Escritos* de Lacan. La verdad es otra cosa. La cruda verdad toda en tripas, gases y desgracias, más o menos desquiciantes; está en esas obras sin pretensiones: *The Portnoy Complaint* de Philip Roth, o *La maladie humaine* de Ferdinando Camon. El descalabro. El pobre paciente atiborrado de síntomas en un restaurante, donde el muy hipocondríaco pasa horas sin poder salir del baño. El tiene sus motivos. El analizado que siente que se desmaya nada más de entrar al metro. El que padece lo mismo nada más de salir del metro. Al que le sucede en las dos ocasiones. La verdad verdadera de esa cotidianidad analítica no son los espo-

⁵ Dominique Miller y Gerard Miller, *Psychanalyse 6 heures*, Ed. Seuil, Champ Freudien, 1991, p. 64.

rádicos grandes descubrimientos que corresponden a las grandes teorías, sino las miserias matutinas y vespertinas, de aquél, que creyendo vivir a mitad de las páginas de *Rayuela* se descubre de pronto forzado a cohabitar consigo mismo en las páginas históricas de "La vida de Martín Romaña".

El sufrimiento no es inquietante sino en la medida en que sus causas permanecen todavía ignoradas ... Por supuesto, los motivos que se legitiman como justificación del sufrimiento y el dolor, varían según los pueblos, pero la justificación está en todos lados. En general se puede decir que el sufrimiento es considerado como la consecuencia de una transgresión de la norma, y que esta norma difiere de un pueblo al otro y de una civilización a otra. Pero lo importante para nosotros es que el sufrimiento y el dolor no son en ningún lado —en el marco de las civilizaciones arcaicas— considerados como ciegos o desprovistos de sentido.⁶

Los años pasan. Las representaciones del inconsciente continúan reproduciéndose como champiñones. La historia sin fin. El impaciente se pregunta dónde estará la tan deseada "passe" Lacaniana. (¿Paz? ¿Alguien por allí dijo: paz? Ninguna bestia en el mundo ha sufrido como yo) a la que parecen haber accedido algunos elegidos. El multicitado fin de análisis. A saber: salir del impasse suena modesto, pero es quizá más que suficiente.

Parece que funcionó. Digamos que cambiaron las cosas. Mi historia sigue en su sitio, pero a fuerza de jalarnos los cabellos y enterrarnos las uñas como que nos hemos ido encariñando. Cohabitamos en mejores términos La Otra y yo. Hay una parte allí que le debo al Gran Mago (sí, se la debo aunque le haya pagado cada vez rigurosamente, con billetes y en la mano) Fue un "passeur" solidario. Particularmente encantador. Nunca encontré una respuesta a la supuesta pregunta clásica del analizado "¿qué es lo que quiere el analista?", pero en cambio sé que yo quise muchas cosas con él. Sé que las quise aún en los periodos donde mi angustia creciente lo transformaba en el diabólico Rasputín. Deseé que me quisiera. Deseé ser la más aplicada de sus discípulas: la más linda, la más puntual; deseé ser la peor de sus discípulas: la más provocadora, la más cruel, la más intransigente. La niña buena que soñaba con ser escolta en el lunes de saludo a la bandera, la niña gángster que hubiera querido romper a puras patadas todos los límites y todas las

⁶ Mircea Eliade, *Le Mythe de l'Eternel Retour: Archétypes et Répétition*, Ed. Galimard, 1969, p. 115.

reglas. El orejotas: impasible. Desfilé ante él, como ante un espejo, reacomodándome cada vez el maquillaje. Recitando mis yo ideales. Desfilé en penosos intentos seductores, aterrada ante la posibilidad de ser atendida. De repente, el tipo prendía un cigarro. Rara vez porque era asmático. Sí, él era asmático de tiempo completo. Yo nada más durante el tratamiento. ¡Y no me interpreten! La de veces que me mandó explícitamente al demonio con su sádico y bonaerense: ¡Pues jodasée! Parece ser que no le pagaba para hacerme feliz, sino para frustrarme. Y en eso de frustrar tenía muy buena mano. Pero supo también hacer ojitos acuosos y miradas cósmicas cuando fue indispensable. Era duro el Mago y sonará extraño, pero se lo agradezco. Mi deuda con él no reposa sólo en esa solidaridad de la paciencia y las miradas dulces, sino en el dificultoso equilibrio que supo mantener entre la sobadita y el empujón. Balance en el cual pareciera residir el éxito posible del análisis. Así, entre pobrecita y jodasée, fue afilando la tachuela gigante con la que desinfló —lento pero implacable— cada uno de mis personajes. Hasta dejarme sola. Tan vulnerable, con mi humanidad recién desempacada a cuestras. Sin ninguna posibilidad de dar marcha atrás. Últimos estertores de la novela familiar.

Es necesario precisar que la memoria es considerada como el conocimiento por excelencia: aquel que es capaz de recordar posee una fuerza mágico-religiosa más preciosa aún que aquel que conoce el origen de las cosas. En la India antigua, por ejemplo, se distingue claramente entre el conocimiento objetivo de los orígenes de diferentes realidades y el conocimiento subjetivo basado en la memoria de experiencias anteriores.⁷

Un buen día, mil doscientas noventa y seis sesiones más tarde, te despidas, como si nada hubiera pasado. Le extiendes la mano a un entrañable buen hombre. Te murmuras que en realidad no es tan fuerte, que en realidad no es tan alto, ni tan parecido a Lino Ventura, ni tan aparatosamente viril. Hace nueve años parecía más impresionante. ¿Habrá sido tan impresionante alguna vez? ¿por qué parecía velludo como un tapete un tipo que ante la última ojeada se revela más bien lampiño? Estrechas su mano esa hilera de años más tarde y queda flotando una cita.

La que tendría que haber sido la última, la que va a flotar, postergada, siempre, aunque regreses en algún viaje o en muchos, al mismo

⁷ Mircea Eliade, *Aspects du Mythe*, Ed. Galimard, 1963, p. 116.

número del bulevar Raspail. Queda por pronunciar la frase imposible. El punto final. Permanece pues, el hueco una vez más —*la manque*— y toda una vida para intentar llenarlo, sabiendo ya que no se llena. Tanta penuria para ganarse un “ya”. Entre el alivio y una intensa nostalgia, con tanta historieta de menos y tanta memoria de más, una estrecha esa mano extendida, y nueve años después, se larga a otra parte con sus palabras. Irremediablemente. Se larga por ejemplo al hueco de una página.

David Yemal tenía un excelente sentido del humor. Y digo tenía, porque sin lugar a dudas se le debe de haber estropeado ante el dolor inclemente que le produce mi ausencia. Y Olé.